

Después de la tormenta

Nacho Duque García

Fredric Jameson,
Archeologies of the Future.
The Desire Called Utopia and Other Science Fictions,
London, Verso, 2005.

“She walks in beauty, like the night
Of cloudless climes and starry skies;
And all that's best of dark and bright
Meet in her aspect and her eyes:
Thus mellow'd to that tender light
Which heaven to gaudy day denies”.
Lord Byron, *She Walks in Beauty*.

Palabras

También las palabras duermen, enferman, viven o mueren. Fueron muchos los que festejaron la presunta defunción de la palabra «utopía», otros en cambio decían que había enfermado. Los más optimistas, acaso cargados del significado que añoraban, hablaban de un sueño que hoy ya dura demasiado. Sin embargo, sea cual sea el estado de las palabras, muertas, enfermas o dormidas, pueden ser resucitadas, sanadas y despertadas siempre que queramos, evocando recuerdos o rastreando un futuro, el de las palabras y el nuestro —que es el mismo—, que no estamos en disposición de imaginar, pero sí que podemos construir. La palabra siempre fue un arma, acaso no de destrucción masiva, pero sí efectiva por su inagotable potencia cruel y devastadora. La palabra siempre fue un regalo, el mejor, otorgado en el momento justo, en el lugar adecuado. Es ésta la dualidad de la palabra escrita o pronunciada, la posibilidad infinita de la vida y de la muerte, del adentro y del afuera separados, como nos enseñó Blanchot, por la losa que cubría el sepulcro donde se encontraba el cadáver de Lázaroⁱ. —No— hay un «paso más allá»: *si pas literature, pas au-delà*. Palabra, en definitiva, como potencia y deseo, como voluntad, como prólogo y epílogo de la acción inagotable. Es precisamente ésta la cuestión fundamental que podemos analizar aquí: *Archeologies of the Future. The Desire Called Utopia and Other Science Fictions* es un libro cuyo protagonista es la palabra, es un libro que marca un antes y un después dentro del marco de la obra del filósofo norteamericano; es, como veremos, un epílogo a toda la reflexión iniciada veinte años atrás y un prólogo al nuevo horizonte que ya se anunciaba en *Una modernidad singular*, su obra anterior. Pero empecemos con lo que aparentemente se nos presenta como una paradoja a todas luces, el título: Hablar de futuro en el ámbito de la arqueología es hablar de imposibles o, al menos, de improbables; es pensar en todo aquello que los arqueólogos del mañana encontrarán de nosotros y considerarán como parte esencial de nuestra cultura, de nuestra vida, de lo que somos y de lo que en definitiva fuimos. Nos movemos, por tanto, en el terreno del sueño, de la ilusión, de lo imaginario y sobre todo de los deseos, consecuentemente en el espacio de lo político. Y es que Jameson nos mostró hace ya tiempo que siempre hay un *inconsciente* —político, geopolítico— detrás de cada texto, detrás de cada frase, de cada línea o fotogramaⁱⁱ. Esa presencia perenne se manifiesta en todas las palabras, testigos de voluntad, y, por

descontado, en este libro. Cuando recuperar el término *utopía* se convierte en un objetivo político, entendemos que la paradoja inicial se disuelve en un deseo, en un fin o, más concretamente, en un *proyecto*.

Cambio histórico vs. Changes

Rastreando entre las páginas de «Utopia Now», la introducción de *Archeologies of the Future*, encontramos la siguiente reflexión que nos sirve también aquí de punto de partida: «The fundamental dynamic of any Utopian politics (or of any political Utopianism) will therefore always lie in the dialectic of Identity and Difference»ⁱⁱⁱ. Como apunta Jameson, Hegel fue el primero en desentrañar ese movimiento dialéctico y la centralidad de los conceptos de «identidad» y «diferencia», y como es bien sabido sin estos elementos antagónicos la filosofía contemporánea quedaría desprovista de dos de sus pilares fundamentales. Pero los paradigmas se transforman, a veces se pervierten, y el siglo pasado es, por qué negarlo, un siglo de reconocimiento de cambios, de agitaciones, de convulsiones y de desastres inenarrables. Adorno fue uno de esos filósofos que se aventuraron a apuntar la necesidad vital de una transformación generalizada, de él y de una de sus obras más influyentes, su *Dialéctica negativa*, extraemos tan esclarecedora afirmación: «la utopía sería la convivencia de lo distinto por encima de la identidad y de la contradicción»^{iv}. Sin entrar ahora en la vigencia o no del movimiento dialéctico como fuente hermenéutica para la lectura del presente, sí que parece claro que Adorno ya percibió en su momento cierta fractura con un tiempo anterior, una fractura tallada con muerte y destrucción, con la barbarie a la que podía llegar el exacerbado progreso humano, nos referimos, claro está, a la «fractura Austwitz». Advertía Adorno de los peligros y dificultades que corría la cultura tras la segunda guerra mundial y, a su vez, ponía en tela de juicio dos nociones con un marcado carácter moderno: historia e identidad. Desde entonces ambas palabras han quedado bajo el signo de la sospecha y de la desconfianza, pues ambas, como palabras que son, portan consigo *documentos de cultura, documentos de barbarie*. Y es que fue precisamente W. Benjamin otro de los que cuestionaron enormemente la noción de historia en relación con ese progreso desbocado que se anunciaba ya desde la ilustración.

Hegel, Adorno y Benjamin son presencias constantes en el discurso de Jameson, desde su temprano *Marxism and Form* hasta las últimas líneas de sus *Archeologies...* Por ello siempre se tuvo en cuenta que, tratándose del norteamericano resulta complicado establecer fronteras dentro del conjunto de su obra, «leer a Jameson es siempre leer su obra completa más que un determinado libro»^v. Veamos entonces una de las grandes inquietudes que se vislumbran a lo largo y ancho de toda la producción de Jameson, la de la recuperación del sentido crítico de la historia. Señalaba Jameson lo siguiente: «Alguien dijo una vez que es más fácil imaginar el fin del mundo que imaginar el fin del capitalismo. Ahora podemos corregir esta afirmación y asistir al intento de imaginar el capitalismo a través de la imaginación del fin del mundo [...] El problema estriba entonces en cómo localizar una diferencia radical; en cómo arrancar en frío el sentido de la historia para que éste empiece a de nuevo a transmitir tenues señales de tiempo, alteridad, cambio, Utopía. El problema que hay que resolver es el de escapar del presente calmo de la postmodernidad para volver al tiempo histórico real y a una historia hecha por seres humanos»^{vi}. Resulta ésta una síntesis bastante certera de lo que Jameson parece buscar desde hace años, quizá desde que entendió y sistematizó la idea

de que el centro de la problemática postmoderna estaba *en* la historia, en la crisis de sus funciones, aquéllas que le fueron atribuidas entre otros por la historiografía marxista, por los movimientos obreros e incluso por los nuevos movimientos sociales, los mismos que a la postre contribuirían, tal vez sin quererlo, a su puesta en cuarentena.

Aclaremos varias cosas antes de seguir adelante. Resulta evidente, y seguramente sobra decirlo, que Jameson no se adscribe a ciertas posiciones neoliberales, cada vez mas extendidas y poderosas, que defienden y afirman el «fin de la historia» al considerar que las democracias occidentales o la internacionalización de la economía capitalista, entendida ya en un marco global, son la culminación de todo el devenir histórico, el punto máximo al que el ser humano está capacitado a llegar. Por el contrario, el problema fundamental que plantea Jameson es el de la posibilidad actual de pensar el cambio histórico. En una de sus obras iniciales, *La cárcel del lenguaje*, encontramos la siguiente afirmación: «Así pues, el cambio histórico auténtico se sentirá, no tanto como un desarrollo —pues, dado un modelo, la labor intelectual consistirá simplemente en su aplicación o exploración— cuanto como substitución repentina de una problemática antigua por otra nueva»^{vii}. Nuestro tiempo es, así nos dicen continuamente, un cambio de tiempos históricos: cada día un descubrimiento nuevo, un avance científico o tecnológico, una guerra que modificará toda la articulación de alianzas establecidas en el ámbito internacional, y todo ello siempre con el sobrenombre de «histórico», de tal modo que somos espectadores de excepción, testigos privilegiados e incluso, en ocasiones, agentes del paso que cuentan que la humanidad está dando hacia el futuro. «Futuro», «cambio» e «historia» son palabras que parecen sucumbir bajo el impulso de la *repetición*, entendida ésta, en un sentido deleuzeano, de modo que su significado se va vaciando día a día, mientras que todos y cada uno de nosotros pronunciamos, consciente o inconscientemente, vocablos presos de la performatividad —ese *Changes* repetido por el gran Bowie—, del tantas veces sugerente error, como una «huella borrada en el camino de la verdad»^{viii}. Hoy las democracias occidentales se han revestido de un aura de la *utopía realizada*, esa misma que Baudrillard encontrase en norteamérica décadas atrás, culminación de la historia en la que el cambio *real* no tiene cabida ni sentido porque éste sólo es posible pensando un afuera, buscando y ampliando los márgenes del espectáculo y del simulacro, en los resquicios del sistema capitalista y de la lógica del poder que trae consigo.

Cuando nombramos «cambio» nos referimos, consecuentemente, a la fractura, a la posibilidad cierta de una revolución que alcance un firmamento mas amplio que el de los anhelos, los deseos en ocasiones confusos de una utopía por venir. Michel Foucault distinguía entre tres posibles acciones cuando señalaba que «el humanismo consiste en querer cambiar el sistema ideológico sin tocar la institución; el reformismo en cambiar la institución sin tocar el sistema ideológico. La acción revolucionaria se define por el contrario como una acción simultánea de la conciencia y de la institución; lo que supone que ataca a las relaciones de poder allí donde son instrumento, el armazón y la armadura»^{ix}. Hoy, treinta y cinco años después de la publicación de este texto en el número 14 de la revista *Actuel*, las preguntas fundamentales que nos formulamos dentro de ese mismo contexto son diversas: ¿Es posible la revolución en nuestros días? ¿Quiénes son sus protagonistas? ¿Existe o, en definitiva, estamos en disposición de pensar un sujeto potencialmente revolucionario? Las perspectivas revolucionarias en el marco postmoderno han quedado muy reducidas por dos motivos fundamentales: en primer lugar porque el *moderno sujeto revolucionario*, la clase obrera, se ve absorbida rápidamente, por sus modos, por sus hábitos e intereses, y queda insertada dentro de una

lógica mas amplia, la de la clase media que antaño constituyese eso que conocimos un día como burguesía; en segundo lugar, testimoniada esta crisis del movimiento obrero, encontramos grupos muy heterogéneos entre sí que bien podrían elevarse como nuevos protagonistas de una ruptura histórica, pero que, sin embargo, llevan su lucha por espacios más reducidos, de modo que el carácter internacional del cambio sería también una utopía que debería ser estudiada. Añadamos a todo esto el hecho de que la globalización ha abierto la puerta a novedosas perspectivas que nos obligan a enfocar la imagen general desde el ámbito internacional en conjunción con todas y cada una de las pequeñas cotidianidades que se dan en el mundo. Todas estas cuestiones nos conducen a una realidad vigente en nuestros días, la propia del sistema capitalista, la misma realidad que se engendró en el meollo de la modernidad. La postmodernidad habría potenciado el propio carácter capitalista de la historia, sus consecuentes movimientos, paradas y andares en las coordenadas del espacio y del tiempo. ¿Es posible entonces, se preguntará Jameson como tantos otros, establecer una mirada hacia adelante, fundamentar, usando una palabra más propia para la ocasión, un nuevo *proyecto*?

El futuro como prólogo

Nos movemos en el territorio del debate interminable que plantea dos posibilidades opuestas: el movimiento histórico y la idea de suspensión de la historia. Sin duda alguna esta problemática se ubicó desde el principio en el centro de la «cuestión postmoderna» y constituyó uno de los núcleos más interesantes y sugerentes de todas las discusiones que se dieron y se siguen dando dentro de este marco cultural. La fundamental aportación de Jameson se inicia a comienzos de la década de los ochenta y ya entonces hace una apuesta clara que se ha mantenido sustancialmente en la actualidad: La postmodernidad como una «lógica cultural» de la hasta ahora última fase del desarrollo del sistema capitalista, a saber, el *Capitalismo tardío* cuyas claves habían sido desentrañadas por Ernest Mandel una década antes. Ese primer esbozo que Jameson trazó en los ochenta se convirtió años después en una obra fundamental para entender la postmodernidad y para acceder a sus ángulos más recónditos, para poder dar el salto que se establece entre los marcos locales más minúsculos con el ámbito de la globalización que porta consigo el nuevo siglo. La obra a la que hacemos referencia es *Teoría de la postmodernidad*^x, ensayo que completaba las primeras líneas marcadas por el norteamericano en «Postmodernismo y sociedad de consumo», en donde se resumía su conferencia impartida en el Museo Withney de Chicago en 1982, y *El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*^{xi}. El periplo iniciado entonces y concluido presumiblemente con la publicación de sus dos últimas obras abarca unos veinticinco años y nos permite hablar de Jameson como uno de los autores más interesantes y sólidos de todo el panorama internacional.

Si fuese sencillo establecer ciclos o etapas en la obra del norteamericano, que no lo es, podríamos decir que, a todas luces, su presunto «ciclo postmoderno» veía el ocaso en su anterior publicación: *Una modernidad singular*^{xiii}. En las últimas páginas de dicha obra se encontraba ya entonces una fuerte reivindicación, la de restrear la posibilidad del futuro en busca de nuevas perspectivas, entre otras cosas porque, tal y como pretendía demostrar en el conjunto del texto, hablar de modernidad, esa «categoría narrativa», es hablar del mundo originado a partir del capitalismo, de modo que, el debate postmoderno acerca de sus orígenes, el mismo debate que conllevaba la asunción

de nomenclaturas diferentes—«modernidad radical», «modernidad reflexiva», «hipermodernidad»...— y concepciones diversas de lo que realmente era y constituía el fenómeno moderno estaba condenado a moverse en parámetros similares, al menos desde un punto de vista estructural. Establecer un nuevo *proyecto*, del modo en el que Jameson lo aprendió de uno de sus principales referentes, Sartre, implicaba una ruptura, una mirada diversa que condujese nuestra atención hacia unas «arqueologías del futuro» que ahora salen a la luz. Es por ello que la nueva obra de Jameson nos inicia en un nuevo *prisma* —sí, también en un sentido foucaultiano de la palabra—, nuevas preguntas y renovadas fuentes a partir de las cuales empezar a reconstruir una memoria del futuro, si es que acaso «la memoria tiene un futuro»^{xiii}. *Archeologies of the future* adquiere cierto carácter enciclopédico en la medida en que recopila memorias y proyectos, alegorías de promesas incumplidas, deseos y pensamientos sobre un futuro que alguien imaginó en el pasado pero que aún no se ha cumplido.

Después de la tormenta que supuso el inicio del debate postmoderno, este nuevo paso en el desarrollo del análisis del mundo contemporáneo nos aporta un aire renovado. Y es que mirar hacia delante supone construir discursos y poner en marcha de nuevo un presente que vive en la inmovilidad de la anodina postmodernidad. Jameson estuvo en Madrid hace unas semanas para presentar el libro^{xiv} y, de paso, dar de nuevo el protagonismo a la palabra, a la palabra que no queda encerrada en la incertidumbre de su indefinición, sino que, por el contrario, se subleva ante el conformismo invitándonos a recuperar la fuerza perdida, la misma que ejercía una crítica severa contra las palabras de muerte, crueldad e indiferencia. Podría tratarse del momento justo para recomponer ciertas ilusiones y esperanzas, compromisos políticos y la belleza de esos ojos que se acercan al otro... *con la pureza de la infancia assolada por este siglo impío*^{xv}.

ⁱ «Lazare, veni foras», evocaba Maurice Blanchot haciendo una analogía con el milagro de la presencia que se da en la lectura literaria. En *L'espace littéraire*, París, Folio/Essais, 2005, pp.256-258.

ⁱⁱ Fundamentalmente en *Documentos de cultura, documentos de barbarie. La narrativa como acto socialmente crítico*, Madrid, Visor, 1989 y en *La estética geopolítica. Cine y espacio en el sistema mundial*, Paidós, Barcelona, 1995.

ⁱⁱⁱ Fredric Jameson, *Archeologies of the Future. The Desire Called Utopia and Other Science Fictions*, London, Verso, 2005, p. xii.

^{iv} Theodor W. Adorno, *Dialéctica negativa*, Madrid, Taurus, 1984, p. 153.

^v Colin MacCabe, «Prólogo», en F. Jameson, *La estética geopolítica*, op. cit., p. 12.

^{vi} Fredric Jameson, «La ciudad futura», en *New Left Review*, nº 21, Madrid, Akal, 2003, p. 103.

^{vii} Fredric Jameson, *La cárcel del lenguaje: perspectiva crítica del estructuralismo y del formalismo ruso*, Barcelona, Ariel, 1980, p. 138.

^{viii} Jacques Derrida, «La palabra soplada», en *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Anthropos, 1989, p. 235.

^{ix} Michel Foucault, «Más allá del bien y del mal», *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1980, p. 40. *Teoría de la postmodernidad*, Madrid, Trotta, 1996.

^x «Postmodernismo y sociedad de consumo», en Hal Foster (ed.), *La postmodernidad*, 2005; *El Postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Barcelona, Paidós, 1995.

^{xii} Fredric Jameson, *Una modernidad singular*, Gedisa, Barcelona, 2004.

^{xiii} Tomo el condicionante del título de una interesante obra de Leonardo Sciascia, *En future mémoire (si la mémoire a un futur)*, Fayard, París, 1993.

^{xiv} Las líneas de este texto deben tanto a José María Ripalda y a Ramón del Castillo, a Irene Fortea, a Garicoitz Gamarra y a todos los que me acompañaron en la lectura de este libro.

^{xv} José Luis Rodríguez García, *El ángel vencido*, Madrid, Huerga y Fierro, 2001, p. 27.